



EL BARBERO MUNICIPAL

SEMANARIO
CONSERVADOR

SUSCRIPCIÓN Y VENTA

A! mes, 0'40 pesetas; trimestre, 1'00 idem; Núm. suelto 0'10 idem.

Oficinas: Hospital, 2

Toda la correspondencia al Director, D. José Arcos Moldes

LEYENDAS DE LA MÚSICA

Como nuestros lectores saben, con este poético título acaba de publicarse un libro de nuestro queridísimo Eduardo Dieste que ha merecido el primer premio en el concurso celebrado en Madrid por la Biblioteca de Escritores Gallegos.

Contiene la obra dos hermosísimos cuentos, titulado el primero *Margaritas de Oro* y el segundo *La Canción tonta*. En ellos pone de relieve nuestro amigo su artístico temperamento, su brioso ingenio, original y profundo, que, libre de prejuicios, lánzase en busca de la verdadera belleza sin sujetarse á dogmas ni á escuelas.

Al leer sus encantadoras páginas, nótese á modo de una oleada de aire puro, vivificante, que ensancha ampliamente los pulmones acostumbrados á respirar en una atmósfera viciada.

Y todo ello adornado con un estilo brillante, maravilloso, semejante á fachada p'aterasca donde la fantasía del artista hizo prodigios.

Quizá á algunos parezcan exageradas estas alabanzas. No hay tal. Por tratarse de uno de casa, aun nos quedamos cortos en los elogios.

Pero... como obras son amores, y no buenas razones, vamos á copiar parte de uno de los muchos bellísimos capítulos del libro de Dieste.

Es un hermoso cuadro de *La Canción tonta*, lleno de luz y de color, que parece un himno á la vida. Helo aquí:

«Brilla el sol, canta el río, y los pájaros bullen de alborozo en el seno de los árboles. Hermosas nubes blancas forman troncos, cabalgatas de victoria y flotas de cisnes en el cielo azul. El aire es diáfano y huele á romero, á madreselvas y á manzanas.

Catalina contempla el río.

El nieto construye con piedras y lado un puente por debajo del cual pasará un canal que abrió con las uñas. Ya está. Lo mira satisfecho y abre la comunicación con el río que impele por el apretado cauce un chorro tan violento, que arrastra de una vez el barro de las juntas, y el puente se desmorona con grave serriedad de cataclismo. El riesgo es inminente. Jenaro se agita, corre de un lado al otro y da órdenes al batallón de operarios que hay en su fantasía. Allí levanta un dique, abre aquí afluentes al canal

para dejarlo enjuto y emprende, por fin, la restauración del puente.

El sol se acerca al cenit triunfante de esplendor; los caballos mueven las cimeras de plumas, y la flota de cisnes ondea los cuellos elegantes. Los pájaros hinchian las gargantas y arrojan al aire profusión de gorgeos. Vuela el viento y pone reverencia en las frondas. Todo saluda al sol.

Corre jubiloso el río, y Catalina exclama:

—¡Volverá, volverá!
Abuela, ¿quién volverá?
—Volverá, volverá.

—Abuela, ¿cuándo volverá?

Catalina distrae los ojos del río y mira con aire estúpido á su nieto.

—¿Qué dices tú, muchacho?

El nieto encoge los hombros y pone la mirada en el sol.

—Yo no digo nada.

Coge un guijarro y lo tira con fuerza sobre un árbol. Tropel de pájaros huye con algarazas sobre su cabeza. El se ríe.

Gozosa greguería sonó tras la muralla, y Jenaro trepó ligero por ella, sin atender á las zarzas que arañaban su piel, y lo que seguían su abuela era peor, las ropas. Venían por la vereda muchas mozas, muy adornadas y pulcras. En las manos traían panderetas y ramas de naranjo y olorosa malva. Los pañuelos de vivos colores relucían heridos por la plena luz y en la verjura de los prados semejaban manchas de flor. Las caras, muy frescas y coloradas, reían de gozo. Al pasar cerca del muro miraron provocativamente al rapaz. Este dijo á la que venía delante:

—¡Qué guapa va Rosiña!
Rosiña se ofendió y dijo.

—¡Miren al mocoso!

—¡Ya, ya! ¡Quién te diera ser la mía moza!

Rosiña se puso encarnada y levantó el pandero con la idea de coronar á Jenaro, que se reía burlón. Las compañeras rieron la gracia del granuja y, porque no iba con ellas la burla, tiraron de Rosiña:

—¡Vente, mujer! ¿Vas á dar crédito al dicho de un rapaz?

Rosiña clavaba los ojos airados en el chico.

¡Galopin! ¡Bien podía tu abuela darte mejor crianza!

Las mozas sonaron los panderos y terminó la riña.

Cuando iban algo lejos discurrió Jenaro que aquello de mocoso no debía to-

lerarlo hombre alguno, y por esto se puso de pie sobre la muralla y á voz en grito lanzó á Rosiña una copla insultante:

—Rosiña, la tonta
se puso enfadada
Quiere ser mi moza...

Se detuvo perplejo, no acertando á concluir la copla de manera que cuadrase bien. Por fin, le brillaron los ojos y acabó, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Y no me da la gana!

Oyóse allá lejos una risa en coro, y la voz de Rosiña que gritaba:

—¡Mocooooo!

Jenaro se disponía á contestar, pero un golpe en las piernas le cortó la voz. Su abuela, con gran fatiga, levantaba de nuevo el bastón para pegarle.

—¿Qué haces ahí, demonio?

Refunfuñó Jenaro:

—¡Yo no hago nada!

—¡Rompiendo la ropa, demonio! ¡Baja de ahí, demonio!

En esto las campanas empezaron á replicar alegremente. El nieto saltó de alegría.

—¡Las doce, las doce! ¡Fiesta, fiesta! Gruñó impaciente la vieja.

—¡Baja de ahí, demonio!

El nieto nada oyó. Estaba loco de alegría. Al tumulto de las campanas juntáronse los cohetes y las bombas, que al estallar en el aire promovían lejanas sonoridades. El sol reventaba de risa báquica entre las blancas nubes que le rodeaban danzando; hasta él llegaba la música del campanario y el tufo de las nubecillas de pólvora; y reía bobalicon dejando caer á chorros la baba de oro. Los pájaros corrían por el cielo y se arrojaban con chillería regocijada sobre el follaje lustroso de los árboles. La gaita enviaba también al sol la música tembladora y dulce que dice lujurias de la selva, retozos de vendimia é historias del lar. Y con el fragor de la pólvora y la bulla de las campanas, y el son melodioso de la gaita va también el cantar, libre de las penas del invierno. El grito céltico se repite por encima del bullicio y corean su cadencia los ecos de las montañas. El sol derrama su oro en el espacio y hace bullir la vida.

Jenaro sintió la fascinación de tan brillante alegría y de un salto se puso fuera de la huerta.

Mientras él corría hacia la fiesta, gritábale Catalina desde el patín:

—¡Jenaro! ¡Demonio!



—¡Abaixo os bonetes! ¡Viva a liberdade!
—¿Ti qué dis, *Burtolo*? ¿Tolaches, ou qué...?

—Non estou tolo, *Mayestho*. A Dios gracias, teño a cachola millor asentada qu'a d'ou ilustre *Tonleito* e comparsa.

—¡Vaya unha xente con que te comparas, ho!

—E un falar.

—Boeno; pero ¿queres explicarme por qué entranches berrando d'aquela maneira?

—Con moito gusto.

—Xa t'escuito.

—Pois, señor... o caso foi n'ou Auntamento de Rois, n'unha de cuyas parroquias hai un creguño que vale un Potost. A sua crara é cultivada intelixencia únese un corazón grande e bondadoso. Trata á todol-os feligreses con cariño... E para eles un verdadeiro pai de almas. Por eso en toda a sua feligresia non hai quen lle queira mal. Pero... ten un defeuto, un defeuto que non ten perdón de Dios para o caciquillo que fai e desfai por aquelas terras: ¿é noso amigo?

—¡Bendito defento!

—Bendito, si, para vosté e para min, e para todol-os que son d'a nosa idea; pero maldito para aquel que é pouco menos que dono de vidas e facendas d'as fermosas terras roisanas, para aquel que, sin mais lei qu'ou seu antoxo, ten debaixo d'os pes á cuáseque toda a comarca.

—¡Pero n'ese pobo non hai homes!

—Empezá a habel-os... Mais sigámol-o con. Non ben tomou o noso amigo posesión d'ou seu curato, cando escomenzou contra d'él unha guerra xorda que o facía cavilar. Aumentáronlle cinco ou seis veces máis o consumo que pagaba o seu antecesor; os liberales recibíon feras órdenes de que non puxeran os pes n'a casa d'él, en certas oficinas públicas desmaneselle documentos e papelas c'ou oxeto de mermarlle influencia; en fin, en canto tratá de dar un paso sin contar c'ou *visto bueno* de quen nacéu para gobernar escravos, sempre alcontraba o camiño cheo d'oustáculos, que lle daban coraxe, pro que non facían desmayar o seu espíritu d'aceiro.

—Pero qué demo querían d'él?

—Estaba ben claro. Que lle fose a pedir misericordia, c'ou sombreirino n'a mau, ó novo señor feudal que por ali campa pol-os seus respetos. A ver si d'esa maneira conseguía este atrael-o ó seu bando.

—Non era malo...

—Tempo perdido, porque o tal creguño, anque mozo, é home de sabiduría, e non se deixa engatusar á dous por tres. Ademais, bastaba o gran cariño que por nos e á nosa causa sinte pra que non s'humillara ante e-e badulaque. Este foi o verdadeiro motivo d'a persecución que sofren d'ous; un principio; persecución que chegou o bomo non fai moito, á propósito d'uns azotes que lle dou á dous rapaces qu'estaban berrando e brincando á posta d'a igrexa, mentras dentro d'ela estábanse celebrando non sei qué función.

—¿Por eso...?

—¿Condenámonlo á sete dias de carcel!

—¿Falas de veras, *Burtolo*?

—Non é broma, *Mayestho!*